
A orillas de la vida y de la muerte

En las antiguas civilizaciones enclavadas en lo que hoy es Méjico, la religión, como en toda sociedad primitiva, ocupaba el centro vital alrededor del cual giraba todo el accionar humano. La única forma posible de concebir el Estado era la teocracia y el ordenamiento jurídico que regulaba las relaciones entre gobernante y deidad (o deidades), se convertía en código político; irrefutable elemento, sostén moral y legal de quien detentara el poder. Este esquema es común no sólo a Méjico sino a toda la sociedad americana precolombina. El temor hacia lo sobrenatural, a lo desconocido, al más allá, hacía del hombre americano una criatura presa de las sombras del misterio, de aquello que no se podía palpar, pero que se sabía existía en algún lugar ignoto, no sólo del universo sino también del pensamiento.

La llegada de los europeos al Nuevo Mundo modificó en mucho la cuestión religiosa, dada la imposición del cristianismo. Se derribaron los ídolos que representaban figuras inverosímiles, serpientes y dragones que producen más pánico que absorción por la fe; la cruz sustituyó al tótem, y el panteón judeo-occidental a la multitudinaria comparsa de semidioses. El rito dejó de ser bárbaro, el invisible poder que concedía las lluvias, la fecundidad en mujeres y cosechas y las victorias militares, no necesitó más de la sangre de esclavos y cautivos. Las pirámides escalonadas se convirtieron en catedrales y basílicas recargadas de churrigueresco. Pero el temor reverencial permaneció. Y es reverencial en el sentido en que la religión es motor y centro de todo el devenir social. El temor viene manifestado al consultar cada paso que se dé a la deidad, antaño pagana, después integrista, cristiana.

Poco a poco se llegó a la simbiosis resultante en la religiosidad de pueblos mestizos, como el mejicano. Mestizos tanto en etnia como en cultura. El mejicano es hoy tan cristiano como lo era ayer fiel devoto de Quetzalcoatl, sólo que han cambiado el rito y los dogmas, los edificios y los ropajes. De esta forma se presentan los personajes de Juan Rulfo, así actúan, es decir, así rezan, elevan sus plegarias para que llueva o se consolide la reforma agraria tantas veces prometida y aplazada. Fieros guerrilleros, o justicieros soldados gubernamentales, se sobrecogen ante la ingenua imagen de la Virgen o de un Cristo yacente y azotado. El temor reverencial sigue existiendo; la deidad como señor del otro mundo y patrón de vastísimos campos en la vida terrena, se encaran en personajes como Pedro Páramo, quien sólo puede sucumbir ante la arriesgada y decidida acción del parricidio. Es de la única forma en que el hombre, como criatura insignificante e indefensa ante lo sobrenatural de la deidad, puede ser algo más que un pedazo de barro: consumando una monstruosidad. Pero para ello tiene que armarse de valor que no está a su alcance y sí a través de métodos fácilmente expeditivos, como el alcohol, pero útiles a la hora de la suprema

decisión. Y es que el peso de lo superior, de lo religioso, es la losa aplastante que aniquila el entendimiento del americano primitivo y que continúa haciéndolo con el mestizo, máxime habiendo triunfado en la España de aquellos tiempos algo tan catastrófico como la Contrarreforma. Si la conquista de América *redujo crueles imperios* (Borges, *España*), a poco de producirse esa destrucción se empezó a perder el tiempo, pues la unión del trono y el altar que se inició en la Península, dejó intactas las relaciones clero-pueblo que prevalecían en las Indias antes del Descubrimiento. La religiosidad de los mejicanos es algo que es consustancial con la historia del país y que sólo logra un ligero cambio de fachada con la colonización española. No es de extrañar, por tanto, que en su literatura el tema se halle presente y que Rulfo, a cada paso, lo traiga a colación.

Los esfuerzos revolucionarios de Zapata y de Villa triunfaron aminorando la presencia de la religión y en hacer menos ostensible el control por parte de ésta del Estado. A diferencia de otros países de América Latina, en donde aquello de la dualidad trono-altar ha prevalecido, en Méjico por lo menos se ha disimulado y llevado a prácticas tan determinantes como regular la existencia de sacerdotes en los estados. Un número de curas según la población por metro cuadrado, como si de maestros o médicos se tratara. No ha ocurrido lo mismo con lo del reparto equitativo de la tierra, aspiración máxima de zapatistas y villistas. En cuanto a la reforma agraria, Méjico ha corrido igual suerte que los países Yucatán abajo. Toda una falacia, un engaño total, frustración política que hasta hoy día se viene pagando. La burla oficial, tema que inspira la epopeya de *Nos han dado la tierra*, es la prueba patente del fracaso de la Revolución y de la única opción a que se ven abocados los pueblos, la de la eterna subversión, guerras y matanzas sin ningún porvenir, alzamientos pseudorrevolucionarios que nada tienen de eficaz rebelión, pues la fuerza del ejército y la astucia del terrateniente en ocasiones, minan cualquier intento serio de desestabilización de la injusticia oficializada. Pedro Páramo no tiene demasiados problemas en comprar una revolución que se cierne a las puertas de sus dominios, con sólo ofrecer ayuda a los alzados. La inmadurez política y el despiste en cuanto a objetivos de éstos, salta a la vista al morder tan cándidamente el anzuelo arrojado por Pedro Páramo. Con ofrecerles hombres y dineros suyos, el terrateniente se asegura la paz y una seguridad que pueden durarle cuanto quiera, demostrándose de esta forma hasta qué punto ciertas revoluciones latinoamericanas no pasan de ser más que simples bravuconerías, fáciles de comprar a bajo precio. La obra rulfiana está llena de estos ejemplos, y el autor nos va dando una de cal y otra de arena, mostrándonos las dos caras de una moneda, el movimiento pendular de la historia política latinoamericana después de la Independencia. La falta de concienzación hace que sectores eminentemente populares se pleguen a los intereses de las clases dirigentes, en contra del pueblo a que pertenecen. Tal vez por el temor reverencial inspirado por la Iglesia católica, o aquel que directamente produce el patrón con su presencia, causan hondas divisiones en la masa popular, erigiéndose sectores de ésta en guardia pretoriana del poderoso terrateniente. Es así cómo un peón de Pedro Páramo, Damasio «el Tilcate», se presta a servir de caudillo de los «insurgentes», pagados y pertrechados por el amo. A cambio de poco (para el amo), pero mucho para Damasio, lo que podría colmar todas las

aspiraciones de la vida material. Nada menos que un rancho, con vacas y todo, y escriturado a su nombre para que no haya dudas. De un momento a otro, Damasio ha dejado de ser simple peón para convertirse en alguien respetable, con su nombre escrito en un pergamino oficial; al mismo tiempo se le ha ascendido a «general» de una partida de matones para defender a su señor.

De esta forma, el fracaso de la revolución está asegurado, por lo menos en lo que a la parte rural se refiere. No se necesitan grandes destacamentos de tropas ni una altísima moral en los hombres. Basta con comprar a unos cuantos. Y es que el Méjico de los años en que sucede *Pedro Páramo* es un país eminentemente rural, al igual que el resto de América Latina. Las ideologías tardan en llegar más allá del radio de agitación urbano, y cuando llegan es de una forma tergiversada, aumentada o disminuida, y en no pocas ocasiones manipulada. La transmisión oral se convierte también en arma contraria; la imposibilidad de un proselitismo textual tal y como se lleva a cabo actualmente, era tarea imposible en aquellos tiempos, dado el total analfabetismo. Por lo que cuando sonaba la hora de un levantamiento, nadie sabía a ciencia cierta contra quién iba a disparar. Rencores y viejos odios servían de acicate, más que una verdadera conciencia política.

También el temor-respeto por la Iglesia es, una vez más, incentivo de alzamiento. Cuando Damasio viene a rendirle cuentas a Pedro Páramo y a pedirle dinero para las tropas, el patrón le sugiere que asalte pueblos no adictos a su causa y los saquee. Que siga en el alzamiento, no alejándose de sus propiedades, al tiempo que le da cierta carta blanca para unirse al espadón que guste. Damasio «el Tilcuate» no duda en unirse a las fuerzas del cura Rentería. La revolución que se produce en el momento es la «cristera» de 1926-28, la que se pretende sea colofón de la de 1917, que limitó los poderes de la Iglesia. El clero rural logra influir por medio del temor a la condenación eterna en el pueblo devoto e ignorante y numerosos sectores se alzan y combaten fieramente a las fuerzas federales. De esta forma, los intereses del feudalismo se ven doblemente reforzados, pues no sólo la Iglesia se halla de su parte, sino el mismo pueblo.

Son años en que el país se ve sacudido por intensas transformaciones en el campo de la industria y de la minería y hace que extensas zonas se despueblen, y como sucede en toda emigración, lo más vital de su sociedad emprenda rumbos con mejores perspectivas. El estado de Jalisco, tierra de Rulfo, es afectada por el fenómeno. No sólo el fracaso de la Reforma Agraria sino las posibilidades de otra vida hacen que ingentes masas emprendan el camino de la vecina Guadalajara (la capital), sino también de Méjico y más allá de las fronteras patrias, los Estados Unidos... meta que aún persiste. La única solución de muchos latinoamericanos, la de emigrar al precio que sea y establecerse en el coloso del Norte. Vender lo poco que se tiene, acabar con el ancestral sistema de vida, como sucede en *El paso del Norte*, donde el protagonista deja a su mujer y a sus hijos en casa de su padre y decide probar fortuna en la tierra del ya poderoso dólar. La ingrata historia de nuestros días era ya una realidad. La frontera había que pasarla a nado y de noche; de pronto la «balacera» y el fin de la aventura, las ilusiones rotas, y volver andando a la tierra de origen. En *El paso...* nos enfrentamos a muchos de los aspectos tratados por Rulfo en su obra. No sólo la cuestión de la emigración como lacerante problema social, sino la del despotismo

familiar. El hombre, al irse y dejar a su familia en casa del padre, tiene que aguantar los reproches de éste por el abandono de la tierra, lo poco que posee, y que según un empecinamiento ciego, debería trabajar siempre. Asimismo, se trata de un padre tiránico, que le quiere cobrar al hijo la manutención de la familia mientras se encuentre fuera. También le augura el fracaso. Tal y como sucede. Al volver el protagonista tiene que enfrentarse al hecho consumado de su derrota, la penuria económica y la destrucción de la familia, ya que su mujer ha huido con otro. Todo esto se lo reprocha el padre a voz en cuello. Siempre la derrota, siempre la adversidad que puede más que el hombre y la fuerza de sus empresas. Las epopeyas y personajes rulfianos están marcados por el signo de la fatalidad, aunque el autor se esfuerce en enmascararlos con ciertos tintes humorísticos, sólo como acompañamiento de una prosa ágil y mágica. Pero lo dramático y lo adverso siempre han de prevalecer, como si fuese una constante en la naturaleza y en la vida del hombre mejicano. Claro resultado de la religiosidad precolombina y de los misterios insondables, los dogmas de fe y demás oscuridades del cristianismo han hecho del mejicano un pueblo proclive siempre a lo dramático-fatal, antes, durante y después de acometida cualquier empresa. En *El paso del Norte*, todas las predicciones del padre tiránico aciertan, y conforme se va desarrollando la acción, el pronóstico se cumple de forma inexorable. Es como una gasa oscura que envuelve todo el accionar y no deja resquicio para que el destino se equivoque y resulte un final feliz.

El idioma

Como en todos los países de América Latina, el castellano es en Méjico el idioma del pueblo. Esto es menos simple de lo que parece, si se compara con el resto del mundo colonizado por potencias europeas. Tanto en Africa como en Asia, donde dominaron imperios como el inglés o el francés, el idioma de la antigua metrópoli es oficial; pero hasta ahí. La población conserva sus dialectos que en algunos casos están siendo elevados a la categoría de idiomas. En Latinoamérica, gracias al mestizaje étnico-cultural, el castellano es propiedad del pueblo, prácticamente desde el inicio de la colonización. Hablado con sus características especiales en cada país, en Méjico cobra su entidad propia, una personalidad que le hace fácilmente distinguible entre todo el conjunto.

Se podría decir que el castellano de Méjico es perfecto, tomando como patrón al mejor de los modelos peninsulares. La pronunciación es completa, sin quitar ni añadir nada, con la excepción de los sonidos «c» y «z», que, como se sabe, son de uso reciente en España, ya cuando el castellano que hoy se habla en América era la lengua oficial de todo el Imperio. Tampoco las jotas fuertes, que sólo se usan de Despeñaperros para arriba. Los personajes de Rulfo usan un habla que, por supuesto no desprovista de modismos, es la de un entender perfecto para toda la comunidad tan vasta como la hispánica. Hay términos y nombres de cosas que son de clara procedencia indígena, pero que al estar en completa armonía dentro de la fase, no resultan extraños al sentido del discurso.

Hay autores latinoamericanos a los que únicamente se les puede leer en sus países